



Javier GARCÍA RODRÍGUEZ (ed.)

Intersecciones. Relaciones de la Literatura y la Teoría.

Oviedo, Ediciones de la Universidad de Oviedo, 2020, 297 pp.

En el catálogo de la última exposición de Fred Sandback para el Centro José Guerrero de Granada, su director Francisco Baena recoge una cita que capta bien el espíritu del trabajo del artista neoyorkino. Cansado de las propuestas figurativas y específicamente narrativas de muchos de sus contemporáneos, Sandback adoptó como máxima el consejo espontáneo del también escultor George Sugarman: «Estira una cuerda entre dos puntos y déjala ser». Tanto es así que la extensión de hilos de lana acrílica en espacios interiores fue el principio formal más importante de toda su carrera, punto de referencia ineludible en la escultura minimalista. La obra de Sandback está interesada en transformar la galería en un espacio peatonal, en el que el visitante del museo se relaciona con la escultura en la medida en que es capaz de transitarla y de valorarla siempre en relación con la propia percepción de los movimientos de su cuerpo. Ello le lleva a deambular por un espacio en continua mutación, en el que cada paso implica trazar nuevas configuraciones de hilos que intersectan en multitud de formas.

Los títulos de los monográficos sobre teoría de la literatura tienen especial predilección por las metáforas espaciales. De un tiempo a esta parte, el hincapié en la transversalidad inherente a los estudios literarios ha resultado en el abandono progresivo de los viejos mapas, excluyentes por definición, en pos de volúmenes difícilmente cartografiados y fundados en el diálogo con problemas y ámbitos de conocimiento muy diversos. Los espacios imaginarios que dibujan se parecen mucho a una instalación de Sandback: adentrarse en ellos supone aceptar que los cruces de las líneas que los recorren son siempre múltiples y cambiantes. Este es el caso de *Intersecciones. Relaciones de la Literatura y la Teoría*, libro editado por Javier García Rodríguez y que reúne artículos de Marie-Laure Ryan, Marta Sanz, Sultana Wahnón, Guillermo Lorenzo, Manuel Ángel Vázquez Medel, M.^a Paz Cepedello Moreno, Mario de la Torre-Espinosa, José Manuel Marrero Henríquez, Teresa López-Pellisa y María del Carmen Bobes Naves. García Rodríguez, también prologuista del volumen, deja claro que el principal criterio de elección de los textos es el deseo de ruptura con el monolitismo teórico que ha marcado el desarrollo de la disciplina durante las últimas décadas, basada en «una constante reconvencción a varias bandas acerca de lo que cada cual entiende por ‘la Teoría’» (24). El monográfico se divide en cinco secciones. La primera y la última recogen los textos de Ryan y Bobes Naves, y atienden, respectivamente, al análisis de las relaciones entre ficción, verdad y posverdad y a las que la teoría literaria mantiene con el mismo concepto de transversalidad. El resto de secciones cubren

un amplio espectro de temas bajo los títulos de «Teoría de la literatura, ética, pensamiento», «Teoría, literatura, ciencia» y «Teoría, literatura, política».

El artículo de Ryan realiza una exploración metódica del concepto de ficción situando algunas preguntas frecuentes sobre el mismo en relación con los argumentos principales de algunas de las líneas de pensamiento más influyentes sobre la ficcionalidad. En esta descripción minuciosa de modelos, Ryan prueba la falibilidad de la distinción tajante entre «ficción» y «no ficción» para comprender aquellos textos fundados en la hibridación de lo factual y lo ficcional, afirmando que «como los textos pueden combinar verdad e invención, pueden ser, en general, más o menos factuales y más o menos ficcionales» (54). Ello no la lleva, no obstante, a suscribir una idea de la ficcionalidad puramente gradual, sino a considerarla como «una cuestión de encuadre» (57), que debe medirse respecto a los requisitos de verdad asociados a unos y otros géneros textuales. La urgencia del artículo de Ryan no solo se explica en términos conceptuales, sino también desde un plano ético, pues funciona como advertencia sobre la posverdad y la institucionalización de la mentira ante la incapacidad de distinguir la realidad de la ficción en las sociedades actuales.

Esto hace que el texto dialogue bien con la siguiente contribución del volumen, en la que Marta Sanz defiende la inseparabilidad de ética y estética. Desde un registro más cercano al ensayo y en un ejercicio de conocimiento situado, la autora hace hincapié en la idea de responsabilidad y sostiene que «los textos artísticos intervienen en el espacio de lo real generando un discurso que nace de la realidad y retorna a ella» (70). Sanz no aboga por una actitud doctrinaria de compromiso sino por un «comportamiento ético» que aspire a «legitimar la ficción como verdad» (75) y que desmienta la idea de la literatura como artefacto de invención separado de la posibilidad de decir verdad y ejercer como instrumento de denuncia.

Por su parte, el artículo de Sultana Wahnón ahonda en los vínculos entre la estética y la teoría de la literatura. Si García Rodríguez afirma en el prólogo que «las teorías literarias tienen historia, pero la Teoría tiene relato» (24), Wahnón lo descubre como el de una relación de amor-odio con la estética. A través de la lectura atenta de una selección amplia de textos, la autora pone en entredicho algunas ideas asumidas sobre las relaciones entre ambas disciplinas. El resultado es una panorámica que abarca desde el formalismo ruso hasta la moderna Ética de la Literatura, trazando lo que podría considerarse como una historia alternativa de la intersección entre estética, filosofía y arte literario. En este recorrido queda de manifiesto que la teoría, en algunos de sus momentos fundacionales, no habría estado tan lejos de una concepción típicamente decimonónica de la literatura como forma de pensar.

El bloque dedicado a las confluencias de ciencia, teoría y literatura está encabezado por el trabajo de Guillermo Lorenzo, que se apoya principalmente en la biología evolutiva del desarrollo o «biología *evo-devo*» para argumentar que el lenguaje podría derivarse de un conjunto anterior de facultades que identifica con la literatura, tales como cierta percepción del ritmo y la capacidad de imaginar. Lorenzo prueba la existencia de este «kit literario» (131) prelingüístico indagando tanto en el desarrollo infantil como en las primeras formas de lenguaje conocidas del ser humano, en las que una sonoridad de tipo poético-musical y la danza habrían estado en la base de las primeras asociaciones sonido/sentido. El estudio está precedido de una defensa de la transversalidad como forma natural de conocimiento ignorada por las universidades que, organizadas en «facultades altamente especializadas y sin apenas vías de interconexión», construyen saber «a contracorriente de cómo lo construye el cerebro» (123).

Esta reivindicación tampoco es ajena a Manuel Ángel Vázquez Medel, cuya Teoría del Emplazamiento/Desplazamiento (TE/D) es ejemplo de un entendimiento de las relaciones entre literatura, teoría y ciencia desde la consiliencia y a partir de un «enfoque comunicacional» (159). El profesor Vázquez Medel invita a adoptar esquemas de pensamiento que trasciendan la compartimentación de saberes, acercándose a las tesis posthumanistas al advertir sobre «la hipertrofia racionalista y androcéntrica» (161) de una percepción de lo humano formulada durante la modernidad y todavía vigente en buena parte del ámbito académico de las humanidades. En su apuesta por un principio de relatividad del conocimiento y en la defensa de la implicación constante entre sujeto y objeto, la TE/D asume el reto de reinventar las ciencias humanas desde nuevos frentes discursivos transdisciplinarios.

La tercera sección del libro, situada en el cruce entre teoría de la literatura y política, da comienzo con el texto de M.^a Paz Cepedello Moreno, que cuestiona el sintagma «escritura de mujeres» y examina hasta qué punto puede relacionarse con una práctica contradiscursiva. Siguiendo a Giulia Colaizzi, Cepedello apunta que la idea de una escritura de mujeres sigue siendo relevante en tanto que marcar sexualmente e historizar la noción de sujeto han sido dos estrategias fundamentales que el feminismo ha empleado para oponerse a «una tradición epistemológica que ha querido ver en las prácticas discursivas algo esencial, ontológico o transhistórico» (183). A partir de esta premisa, la autora marca un itinerario por algunos de los hitos de los estudios de género y, en última instancia, subraya la importancia del concepto de cuerpo para repensar la subjetividad en contraposición a la «visión tradicional del sujeto cognoscente en cuanto universal, neutro y consecuentemente desprovisto de género» (186), tesis que comprueba en la lectura de las obras *Clavícula* de Marta Sanz y *La mujer precipicio* de Princesa Inca.

Por otra parte, Mario de la Torre-Espinosa se pregunta por la actualidad de las teorías marxistas como marco conceptual desde el que interrogar algunas manifestaciones culturales contemporáneas. En concreto, el autor se centra en la autoficción y lo transmedial, dos modos discursivos que nos reivindican como sujetos críticos «expandiendo la narrativa por nosotros mismos o convirtiéndonos en protagonistas de las narraciones que ofrecemos al mundo» (216) y que, por tanto, se erigen como herramientas señaladas para el cambio social desde la literatura. Es interesante que De la Torre-Espinosa descubra como espacios de resistencia dos formas convencionalmente apartadas del activismo en el imaginario popular, ya sea porque se relacionen con cierto ensimismamiento burgués o porque se crean regidas por grandes franquicias que solo persiguen la estabilidad del mercado. Nada más lejos de la realidad, el artículo ayuda a valorar de forma justa el carácter contestatario de estas prácticas, que brindan nuevas posibilidades de representarse a través de la elaboración de redes de participación activa y un estatuto de agencia renovado para los lectores/creadores.

De otro lado, la política que ocupa a José Manuel Marrero Henríquez es la de los entresijos de la producción científica en las disciplinas humanísticas. Es este un texto insólito que demuestra que el humor y la teoría no son excluyentes, y cuya condición de ensayo académico lo convierte casi en una sátira. Marrero denuncia que la investigación parece haberse inscrito en una lógica de espectacularización y consumo en cuanto su calidad «se mide por su éxito mercantil, por la fama que en un momento determinado pueda disfrutar» (226). La crítica resulta aún más incisiva en términos formales, pues el autor encuentra vías sorprendentes de desestructurar el discurso y contravenir el modelo habitual de un artículo académico por medio de textos muy diversos: desde una parodia de los correos promocionales enviados diariamente por los portales para académicos hasta poemas visuales y, en

última instancia, un poema de temática ecológica que invita a practicar una investigación a la altura de los retos de futuro de nuestro tiempo.

El trabajo de Teresa López-Pellisa es otro de los estudios panorámicos del monográfico y una puerta de entrada excelente al posthumanismo crítico y al xenofeminismo. La autora demuestra la vigencia de la figura del cibernético como mito político desde el que pensar nuevas identidades híbridas y a su vez, pone de manifiesto el papel emancipador de la ciencia ficción como uno de los géneros que mejor permiten imaginar futuros heterotópicos y alternativos, «mundos posibles donde podamos (re) pensarnos y proyectar diferentes representaciones de la sexualidad y de los roles de género» (266-267). La reflexión se concreta en un repertorio de ejemplos literarios (desde Ursula K. LeGuin y Octavia E. Butler hasta Joanna Russ y Lola Robles) que ilustra la labilidad discursiva entre la ficción y la teoría en el contexto del feminismo posthumanista.

Por último, y prácticamente a modo de epílogo, María del Carmen Bobes Naves examina la importancia de una vía de conocimiento literario transversal a lo largo de su carrera. El texto puede entenderse como clave de lectura de muchas de las cuestiones que recorren el libro, tales como la necesaria complementariedad de metodologías, el replanteamiento de unos fundamentos ontológicos y epistemológicos nuevos que den respuesta a la naturaleza del lenguaje y sus posibilidades, así como la pertinencia de seguir atendiendo a los análisis tradicionales para no descuidar los elementos descriptivos en la investigación y la docencia. En última instancia, reivindica la semiótica como una disciplina basada en «el análisis de las creaciones humanas en todos sus niveles» (297), dejando fuera de toda duda su importancia para la investigación actual.

Es alentador mirarse en el espejo de la trayectoria de Bobes Naves, y por ello su artículo es la conclusión ideal para un monográfico basado en la pluralidad y la comunicación entre ámbitos de conocimiento. Unidos por su radical actualidad y por la voluntad dialógica de volver a situar la teoría literaria, no extrañará encontrar los artículos de *Intersecciones* en la bibliografía de asignaturas pertenecientes a titulaciones y planes de estudio muy diversos.

Miguel OLEA ROMACHO

Universidad de Granada